

LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA,

CON LA APROBACION ECLESIASTICA,

Y BAJO LA DIRECCION

DE ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

NÚM. 1.º

REDACCION Y ADMINISTRACION DARRO DEL CAMPILLO 15. 1879—AÑO V.

Se publicarán ocho números mensuales conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.—Los pagos podrán hacerse directamente a esta administración, en letras del giro mutuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones, pero solamente de veinte y cinco céntimos de peseta.—Suplicamos a los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia a que pertenece.—El precio de suscripción es el de dos reales mensuales en toda España, Ultramar y extranjero cuatro, franco de porte.

SUMARIO.

Prospecto.—La Pendiente del abismo.—Inspiración.—
Sección doctrinal, por Enriqueta Lozano de Vilchez.
El Amor de una madre, por D. T. Rodríguez.

PROSPECTO.

Como nuestro lema es hoy el mismo que ayer, y será mañana el mismo que hoy, abrimos la primera página de nuestro periódico con el prospecto que hemos dado siempre, expresión de nuestros sentimientos y nuestro propósito.

Hace cinco años que, con el alma llena de fe y el corazón rebosando entusiasmo, empecé la publicación de esta pobre Revista, que sin pretensiones de saber, ni aspiraciones de lucro, ni nombre, ofrecí al público, con toda la sencillez y la rectitud de mi buen deseo.

Mi afán se reducía a ser la amiga de las familias cristianas, a que mi voz penetrara en el fondo del hogar doméstico, mostrando, hasta donde llegasen mis débiles fuerzas, el fácil camino de la virtud y de la religión, combatidas doquiera por esos cien escritos inmorales y ateos que, con vergüenza de nuestra patria, circulan hoy por todas partes con una profusión que admira y aterra.

Mi anhelo se vió realizado, aun mucho más allá de lo que alcanzaban mis esperanzas.

LA MADRE DE FAMILIA fué acogida como una madre cariñosa que llega entre sus hijos, con la sonrisa en los labios y el amor en el corazón.

La numerosa suscripción adquirida premió mis afanes cumplidamente, y satisfecha de su éxito voy a hacer un supremo esfuerzo, y a consagrar con más empeño mi trabajo, mi tiempo, y mi porvenir entero si fuera preciso, a llevar la idea de Dios, los consuelos de la fe, el amor al bien, y a la moral cristiana, desde la cómoda vivienda del hacendado, hasta la modesta casa del artesano: desde la humilde morada del jornalero hasta la última choza de la más miserable aldea, y para ello LA MADRE DE FAMILIA va a dar a sus abonados ocho números mensuales en vez de los cuatro que ha repartido hasta aquí, costando solo dos reales al mes; es decir, el mismo precio que antes, puesto que resulta también de este modo un real cada cuatro números, franco de porte y llevado a domicilio.

¿Podré seguir adelante con el objeto que me propongo? ¡No lo sé!

¡Pero yo invocaré a la Santísima Virgen ahora como siempre, y tengo una ciega confianza en su divina protección!

Para combatir la inmoralidad, los vicios y el ateísmo, se requieren decisión, entusiasmo y fe, ¡y la fe y el entusiasmo y la decisión me sobran! Pero necesito la protección y la ayuda, no solo

de mis constantes suscritores, sino de todas las familias cristianas. y creo que esta no ha de faltarme ahora tampoco.

Las sectas protestantes, la impiedad extranjera, que intenta difundir entre nosotros sus ideas y sus errores, sacrifica su oro, gasta su tiempo, emplea sus esfuerzos en imprimir millares y millares de biblias impías, de libros, de folletos que reparte á manos llenas en calles y plazas entre nuestro confiado y sencillo pueblo, sin pararse á meditar los dispendios que esto le ocasiona. ¡Cuántas y cuántas veces lo habrán presenciado los que lean estos renglones! ¡Cuántas y cuántas veces lo hemos visto nosotros mismos con un sentimiento de amarga pena, creyéndonos impotentes para evitarlo!

¿Por qué, pues, al menos no hemos de imitar ese ejemplo, proporcionando á ese mismo pueblo lecturas doctrinales, sanas y religiosas?

¿Tendremos menos afán, menos fé los católicos españoles para propagar la verdad, que la tienen los protestantes extranjeros para difundir el sofisma y el error?

Oh! no es posible! ¡no puedo creerlo!

Además, yo, á pesar de estar sola para esta empresa, no exijo sacrificios, no pido ayuda material tampoco: solo quiero y reclamo la protección moral, la propagación de esta Revista por todos aquellos á cuyas manos llegue, para llevar de este modo un grano de arena al edificio que aislada y débil, me atrevo á levantar.

Quédese en buena hora para el hombre la solución de esos grandes problemas y de esas al-

tas cuestiones políticas que salvan una nación ó que derriban un imperio. Yo las desconozco enteramente y jamás, por nada ni por nadie, me ocuparía de ellas.

Para la mujer solo hay una cuestión, un problema que resolver, el de caminar sin apartarse nunca de la senda del deber, y sembrar en el corazón de sus hijos la semilla imperecedera de la fé, de la virtud y de la honradez.

Ayudarla con mis humildes consejos, sostenerla con mis escasas fuerzas, compartir con ella el cuidado y el amor á la infancia, es el objeto que me propongo en las páginas de esta Revista.

Alentada por este deseo enviaré mis ideas y mis creencias á las madres católicas, y uniéndome á ellas con los lazos de la simpatía y del alma, iré á decirlas con seguro acento. «Cultive el hombre la inteligencia de nuestros hijos, pero cultivemos nosotras su corazón: arrojemos el germen del bien en sus tiernos pechos, y él producirá hermosas flores que embellezcan nuestra existencia y que fecunden con su poderosa savia el suelo de nuestra patria.

Poco son, nada valen mis escritos, pero he consagrado mi vida á sostener la idea religiosa y moral, que es la única salvadora, duradera y cierta, y seguiré trabajando siempre por ella. Si á fuerza de desvelos y vigiliass logra LA MADRE DE FAMILIA ser una amiga útil y agradable en el hogar, quedarán satisfechas las esperanzas de

Enriqueta Lozano de Vilchez.

LA PENDIENTE DEL ABISMO.

NOVELA ORIGINAL.

Solo á fuerza de trabajo, sacará de la tierra tu alimento diario, y comerás el pan con el sudor de tu frente.

EL GENESIS.

Inquebrantable sentencia que Dios mismo escribió sobre la frente del hombre, suave y necesario yugo que le impuso su voluntad, ley eterna en la cual están basados los elementos de la vida y la dulce paz del espíritu; santo trabajo, yo te bendigo y te admiro y te acepto, no como un castigo, sino como un bien, no como una carga, sino como una ayuda; por que eres bueno, y útil y agradable, y en la morada donde tú te asientas no penetrarán jamás ni la miseria, ni la desesperación ni el hastio: tú alejas el vicio, tú purificas y avaloras los goces, en tí halla una corona la ancianidad, y una esperanza la juventud, tú, en fin, nos haces ver la existencia tal como debe mirarla el alma, mostrándonos que la tierra no es la mansion del reposo, y que el descanso inmutable está en el cielo.

Oh! si quereis saber los males que ocasiona el rebelarse contra esta sublime ley impuesta por Dios, si quereis saber los efectos perniciosos de una vida pasada en la inaccion y el ocio, yo, humilde obrera de la inteligencia, que solo anhelo mostrar siempre y á todas horas, la santa hermosura de la virtud y las funestas consecuencias del vicio, os referiré una sencilla historia que solo tiene de bello la verdad que encierra, verdad que pudiera apoyar con su palabra alguno de los personajes que tomaron parte en ella, puesto que aun vive, y el recuerdo de aquellos hechos no se habrá borrado de su corazon ni de su memoria.

Empezaré, pues, abriendo con el poder de la palabra la puerta de una humilde y estrecha boardilla, cuyos habitantes, preocupados con sus ideas ó sus pesares, nos dejarán contemplarlos detenidamente.

El mueblaje era muy pobre pero limpio y bien ordenado.

En la primera salita, iluminada por los reflejos de un pálido sol de otoño, y sentado en un ancho sillón, se hallaba un anciano, en cuya frente, orlada de cabellos blancos se retrataban setenta años de bondad, de virtud, y de dulce y santa resignacion.

Dividia su pensamiento entre un libro colocado en una mesa, al alcance de su mano, y una mujer que, aunque mucho mas jóven que él, habia cruzado á su lado el camino de la vida, apoyándose en su brazo, y prestándole á su vez el apoyo de su ternura y de su amor.

Nada tan dulce y tan simpático, y tan conmovedor como el rostro de aquella mujer de mirada suave y triste, á través de la cual se adivi-

naba una lágrima; nada tan noble y puro como su frente, nada tan resignado y abatido como su actitud.

En el momento en que fijamos por vez primera la vista en ellos, el anciano, cuyo nombre era D. Diego, volvía con mano incierta las hojas de una «Imitacion de Cristo» recorriendo con mirada distraída las sublimes frases allí estampadas.

La mujer sentada á su lado, con el codo apoyado en el brazo del sillón y la frente medio oculta en la mano, no separaba los ojos ni la atencion de una puerta situada á su frente, y cubierta con una blanca cortina, tras ella, ¡ay! se comprendía que estaba su alma.

D. Diego, fatigado quizá de leer, soltó el libro sobre la mesa, y murmuró muy bajo dirigiéndose á su compañera:

—¡Cuanto tiempo hace que duermo!

—Dejémosla, respondió ella con una voz que se asemejaba á un suspiro; ¡el sueño es el descanso! y sin embargo....

—¿Qué? preguntó con alguna inquietud D. Diego.

—La escesiva debilidad produce á veces un letargo que se asemeja al sueño, y ¡es tan peligroso!

Una lágrima empañó los ojos de D. Diego.

Mercedes, impulsada por un temor indescriptible se levantó y fué depuntillas á levantar un extremo de la cortina.

¡Sus mismas palabras la habian alarmado!

Aquella cortina ocultaba una reducida alcoba, en cuyo frente habia colocado un lecho pobre, mal abrigado... pero blanco y limpio como la conciencia de la pobre jóven que descansaba en él.

Era jóven... he dicho mal, casi una niña... una niña consumida por una de esas terribles enfermedades que á los quince años puede producir la miseria, el esceso del trabajo, la falta de aire, de alegría, de espacio.

Una niña de frente blanca y serena, de ojos azules como el cielo, de cabellos rubios y blondos!

Su cabeza apoyada en la almohada, y un poco inclinada hácia atrás, tenia una inmovilidad que recordaba sin querer la muerte, sus ojos un poco entreabiertos, y con la fijeza del sopor que la embargaba, producian una impresion dolorosa, mientras que una de sus manos estendida sobre el lecho, causaba una pena cruel, pues denotaba el enflaquecimiento de aquel bello ángel infortunado.

Mercedes permaneció algunos instantes inmóvil y con la mirada fija en ella, hasta que aquella mirada se nubló con un mar de lágrimas.

La madre ni aun enjugarlas quiso, tal vez por no nacer un ligero ruido. Despues... dejó caer lentamente la cortina y fué á colocarse junto á su esposo en el mismo sitio que ocupaba antes, murmurando con triste voz:

—¡Pobre Luisa mia!

Hubo algunos momentos de silencio.

Al cabo de ellos la infeliz madre miró tímidamente á su esposo y dijo con un acento en que se mezclaban la duda y el temor.

—¡Si pudiésemos llamar á un médico! si pudiésemos al menos darle algun alimento mejor... hoy al despertar ha dicho..... ha dicho que se encontraba animada, que tenía hambre!

D. Diego sintió una especie de escalofrío en el corazón.

—Tal vez mañana, murmuró con acento tembloroso por la emoción, tal vez mañana tendremos medios... tendremos algunos recursos. Ya sabes que estamos esperando á.....

—Si; ya se que esperas al dueño del depósito secreto que guardas hace diez años. Seis mil duros en billetes de banco. ¡Oh si ese dinero fuese nuestro, Luisa podría salvarse, ó mejor dicho, no hubiera enfermado!

—¡Dios ha querido que sea así, cumplamos su voluntad! pero esa carta que recibimos hace ocho días nos ofrece alguna esperanza. En ella nos anuncia que despues de buscarnos inútilmente en nuestra aldea el señor de L... supo nuestra estancia aquí, y ha emprendido el camino de Madrid, donde ya estará sin duda, y nos anunciaba su visita para esta noche á la oración.

—Así lo dice.....

—Y así será: ¿quien sabe? quizá él quiera darnos... sobre todo si le hablamos de nuestra hija, si le decimos que está enferma hace muchos días, que se nos muere y que si la viese un médico podría salvarse, podríamos conservar ese ángel, nuestra única ventura en este mundo, porque su hermano.....

—Julio no es tan culpable como tu supones, se apresuró Mercedes á exclamar; se ha corregido mucho, sigue sus estudios, y cuando termine su carrera será nuestro apoyo, no lo dudes.

La infeliz madre no creía en lo que estaba diciendo.

Sabia que su hijo era uno de esos jóvenes para quien todo trabajo, toda sujeción es una carga violenta, que tienen el ocio por hábito y la inacción por costumbre, y ¡ay! nadie ignora que, por desgracia, en pos de la ociosidad vienen los vicios.

Así era en efecto en aquella casa, y Julio que vivía entregado á toda clase de desórdenes, Julio en quien se había gastado todo el haber de su honrada familia, Julio, que de derroche en derroche, les había conducido á la miseria, pasaba los días y las noches sin pisar los umbrales de la casa en que su tierna hermana se moría, y su infeliz padre vejetaba sujeto en un sillón por una lenta parálisis, sin recursos... á veces hasta sin lumbre y sin pan!

Y sin embargo, aquel anciano tenía en su poder ciento veinte mil reales en buenos billetes de banco! pero D. Diego era tan honrado que prefería ver morir á su hija sin auxilios y sin recursos á gastar una sola moneda de aquel dinero que no le pertenecía, y que había sido confiado á su lealtad.

Un suspiro, oyéndose dentro de la alcoba, hizo levantar á Mercedes y exclamar á D. Diego.

—Luisa se ha despertado, oh! ayúdame, ayúdame, y me sentaré junto á ella un momento.

Mercedes dió el brazo á su esposo, y aunque

con gran trabajo le condujo junto al lecho de la niña, que le recibió con una sonrisa tan dulce como melancólica.

El padre se sentó junto á la hija, y ambos cruzaron algunas palabras con las cuales mutuamente querían engañarse, querían ocultarse lo doloroso de su estado.

Mercedes entre tanto, había salido de la habitación, y fijaba en torno una mirada llena de angustia. La infeliz madre no tenía una taza de caldo que dar á su hija y acababa de ver en sus ojos que le faltaba la vida.

Oh! ¿qué iba hacer? que recursos adoptar?

En aquella casa no quedaban ni ropas, ni alhajas, todo había desaparecido ya!

Y era preciso hacer algo... era preciso buscar!

La infeliz Mercedes se oprimió la frente entre sus manos pidiendo á Dios que le diese una idea!

De pronto se levantó: había recordado que en el último rincón de su armario conservaba un rosario de plata, postrer recuerdo de su madre, y del cual no se había querido desprender!

—Es forzoso, dijo, dirigiéndose allí rápidamente; es forzoso darle á ella algun alimento,... traer luz... á la oración, vendrá ese hombre, ese hombre que es toda nuestra esperanza, y habremos de recibirle, de... oh! vamos, vamos: no vacilemos, ¿á qué guardar esa memoria aun que haya sido de mi madre? por ventura, no está siempre su recuerdo en el fondo de mi corazón?

Mercedes penetró en una estancia contigua, llegó á un armario colocado junto á la pared, le abrió y buscó el objeto que anhelaba encontrar.

Al fin, su mano tropezó con la cajita que le guardaba, la tomó y abrió su tapa, allí estaba aquella pobre reliquia conservada tantos años con tal cariño y veneración.

Por un impulso del alma lo llevó á sus labios, que tuvo largo rato apoyados allí! despues.... despues cubrió su cabeza con una mantilla, y sin acordarse de cerrar el armario, salió de la estancia, y bajó rápidamente la escalera, perdiéndose á poco en las vueltas de una calle inmediata.

Algunos instantes despues que Mercedes saliera de su pobre boardilla, un hombre joven, con el traje deslucido y casi roto, aunque con pretensiones de elegancia, un enorme cigarro en los labios, las manos ocultas en los bolsillos del pantalón, y el sombrero sobre la frente y notablemente inclinado hacia el lado derecho, subía lentamente aquella misma escalera con la frente ceñuda y el aspecto contrariado.

Aquel hombre era Julio.

Cuando llegó á la puerta de su casa, penetró en ella sin fijarse apenas en que la había encontrado abierta.

—Donde estarán? se preguntó así mismo cuando estuvo en la salita de que hemos hablado antes, ¿Donde estarán? quizá en la alcoba de mi hermana: mejor, con eso evito preguntas y reconvencciones, entraré en mi cuarto, y así...

Julio atravesó la estancia sin hacer ruido, y llegó al cuarto de donde su madre saliera poco antes.

Arrojó el sombrero sobre una silla, y empezó

á dar algunos paseos por aquel pequeño espacio.

—¡Maldita suerte! exclamó al fin con acento reconcentrado y bajo, maldita suerte! haber perdido cuanto tenía, cuando la fortuna empezaba á sonreírme! cuando por un momento mas hubiera podido pagar á Felipe sus dos mil reales, y haber seguido adelante! Y lo peor es que necesito buscar... ¡buscar! ¿dónde? Oh! ¿porqué mi padre no tendría mas fincas que vender? ¿porqué se habrá acabado tan pronto todo? La vida es una carga pesada cuando no se tiene dinero para gozar de ella, y yo... yo agotaré todos los medios, y luego... si no encuentro, es preferible dejarla como se deja una carga pesada, á cruzarla agobiado por la escasez y el trabajo!

Julio calló un instante: las mas descabelladas ideas cruzaban por aquella mente turbada por el vicio y el desorden. En su ingratitud, él que habia sido la ruina de sus padres, les acusaba de haberle hecho desgraciado, no adquiriendo un caudal para él, que solo podia ser feliz teniendo oro, mucho oro.

Entre todos los pensamientos y los deseos en que fluctuaba, sobresalía el de poder volver á probar fortuna, pues el desventurado creía que solo por aquel medio podria salir de su estado.

Enloquecido por aquel afán, empezó á pensar en el modo de poder llevarlo á cabo.

De pronto, sus ojos se fijaron en el armario abierto y se quedó inmóvil mirándole.

Impulsado por la fatalidad, por la desgracia, por el mal, se acercó á él y dirigió una mirada al fondo.

¿Que buscaba allí? él mismo no lo sabía!

Una cartera encarnada llamó su atención y atrajo su mano, que la abrió rápidamente sin sospechar ¡ay! lo que iba á encontrar en ella; porque Julio ignoraba que su padre tenia un depósito de seis mil duros hacia diez años.

Aquel secreto solo lo sabian Mercedes y don Diego!

Describir el asombro, la alegría, la lucha que se pintó en el rostro de Julio, nos seria de todo punto imposible.

El ángel de la guarda debió cubrirse los ojos con espanto al ver la sonrisa que, despues de un momento de indecision, vagó entre sus pálidos y contraídos lábios.

Miró en torno con recelo, ocultó la cartera en uno de sus bolsillos y salió de allí sin sentar apenas el pié en el suelo, y olvidandose de tomar el sombrero que arrojara con violencia al entrar.

Al cruzar el dintel de la puerta se detuvo un momento irresoluto; su corazón latiendo con violencia parecia retenerle allí!

—Bah! se dijo á sí mismo, dominando aquel sentimiento, bah! no son tan pobres como parece cuando guardan aun esta suma ¡quién sabe, si tendrán mas! de todas maneras esto es mio tambien, y acaso con ello podré crear una fortuna en algunas horas de suerte y darles otra vez este dinero que tan oculto me tenían!

Una vez terminado este raciocinio, Julio ganó el espacio sin pensar en detenerse mas.

Era ya anochecido: la tarde habia declinado y la escalera estaba oscura.

Julio en el último descanso tropezó con una mujer que subia llena de anhelo.

Aquella mujer era su madre.

Pero él siguió deprisa y sin pararse ni un segundo.

Mercedes se detubo, parecia que el ruido de aquellos pasos tenia un eco en su corazón.

Volvió la cara, y distinguió entre las sombras un hombre: pero notó que iba con la cabeza descubierta y esto la desorientó.

Sin embargo, quiso cerciorarse y alzando la voz:

—Julio, Julio, hijo mio; repitió por dos veces sin obtener contestacion.

¡Ay! él no la oia ó no la quiso escuchar.

Ella continuó su camino.

El llegó á la calle y al notar que iba sin sombrero.

—Que imprudencia! dijo, pero en fin, compraré uno en la primera tienda que me encuentre, esto es preferible á volver á mi casa, en cuanto á lo demás, mi madre nada dirá... oh! sí, buen cuidado tendrá de callar.

Y rápido como el pensamiento, se perdió en la revuelta confusión de las calles de la poblacion.

Mercedes entre tanto, penetró de nuevo en su morada.

Todo estaba en silencio y sumido en esa penumbra que divide la noche del dia.

Luisa y su padre no la habian sentido salir sin duda, ni se apercibieron de su vuelta.

La infeliz mujer traia en sus manos una vela y algunas malas provisiones.

¡Era todo cuanto habia podido adquirir.

Al penetrar en la habitacion en que habia estado Julio, tropezó con un objeto y estuvo próxima á caer.

—Su sombrero! exclamó: entonces él ha estado aquí, pero ¿porqué no respondió á mi vez? ¿por qué salia tan acelerado?

Por una casualidad, Mercedes fijó su vista en el armario y le encontró de par en par.

Su corazón latió, sin saber por qué! algo extraño pasó por su mente que la obligó á temblar sin adivinar aun lo que tenia.

Guiada por un instinto del alma, creyendo escuchar no sé que palabras misteriosas que quemaban sus oídos y hacian estallar sus sienes, se dirigió al armario, extendió sus manos y buscó con anhelo en él.

¡Nada halló! ¡nada halló de lo que buscaba!

Se quedó inmóvil un momento, se oprimió el pecho con las manos y murmuró sonriendo y temblando al par.

—Que locura! ¿á qué me agitaré de este modo? si eso no es... si no puede ser!

¡Mas! Oh! que apesar de que la infeliz queria darse aliento, queria enganarse á sí propia, una voz interior le gritaba que su desgracia era segura!

Aquel depósito tan respetado, aquel dinero conservado intacto entre la enfermedad y la miseria y el hambre y el frio de una hija adorada; aquella suma que iban á reclamar á su honrado esposo dentro de algunos instantes, no estaba

allí les había sido robada, y el ladrón era su hijo!

Oh! no se muere, no se pierde la razón de dolor y de agonía, cuando Mercedes no murió ó no se volvió loca en quel instante.

Pálida, descajada, sintiendo que su corazón se hacía pedazos, queriendo llorar y sin poder exhalar un gemido, cerrando los ojos por no mirar lo porvenir, pasó algunos instantes ¡Dios sabe cuantos! luchando entre la desesperación y la demencia y la muerte!

De pronto, y en medio del silencio y la oscuridad que la rodeaba, oyó á lo lejos, lento, sonoro, magestuoso y argentino el sonido de una campana, al que respondieron otras ciento.

Era el toque de la oración!

El ángel del Señor, anunciaba por medio de aquellas lenguas de metal, que estaba de rodillas en medio de los espacios é inclinado sobre los mundos, para recoger nuestras plegarias y conducir las al cielo.

Mercedes se estremeció.

Era la hora marcada en que debía presentarse en su casa el S. de L.... pero era también la hora de la súplica y la oración:

Cayó de rodillas; el llanto contenido en su alma hasta entonces, brotó de sus ojos en ancho raudal, y extendiendo con félastremulas manos.

—Señor! exclamó recordando las humildes frases de la inmaculada Virgen de Nazaret; Señor, hé aquí á tú esclava! cúmplase en mí tu divina palabra!

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

INSPIRACION.

¿Qué siniestro rumor desconocido
de los hijos del Cid y Recaredo,
llega á espirar de España en el oído,
y hace temblar en sus heladas tumbas
al potente y Católico Fernando,
que al árabe feroz impuso miedo,
y á la grande Isabel, noble matrona,
gloria y orgullo del cristiano bando?
¿qué huracán destructor furioso agita
con ímpetu y espanto
el estandarte de la cruz bendita,
brillante enseña que se alzó gloriosa
ya sobre el ancho golfo de Lepanto
ya en las sangrientas Navas de Tolosa.
¿Quién los cimientos de la fé sagrada,
donde el pueblo español funda su gloria,
pretende estremecer con mano osada,
é intenta en su locura
sumergirla en el caos
de la duda el horror y la amargura?
¡Oh! ya lo sé, ponzoña destructora
que en el hermoso suelo de mi patria
vierte funesto su veneno ahora;
que el mal doquier derrama,
por que el infierno la abortó en su ira;
que protege la impúdica mentira
y que ateísmo é impiedad se llama.

Mas ¡no! la luz de la verdad divina
muestra su lumbré en el azul del cielo;
el confín español pura ilumina,
y de sus nobles hijos
enciende mas el religioso celo.
Vedlo, sí, de sus ínclitos varones
en las manos, glorioso el estandarte
de la verdad ondea;
doquier levantan su robusto acento,
que en esta lucha infausta,
se combate la idea con la idea;
no es el arma la espada,
éslo, sí, el generoso pensamiento
defendiendo animoso
su creencia purísima y sagrada.
Eslo, sí, el corazón, que la existencia,
doquiera mira, de su Dios comprende;
comprende su infinita omnipotencia
y su santa clemencia
que al bien del hombre sin cesar atiende.
Eslo, sí, el corazón, que en cada gota
del agua que murmura,
en cada dulce y solitaria nota
que entona el ruiseñor en la espesura,
en cada grano de menuda arena,
en cada flor preciosa
de brillante frezcura
y de matices y de perfumes llena;
en cada estrella que su luz ostenta
pura en el infinito,
en cuanto el mundo cuenta
y á su anhelante vista se presenta
el nombre de su Dios contempla escrito.
¡El nombre de su Dios...! Venid, ateos,
y arrancad ese signo soberano
escrito con la sangre de sus padres
en el alma ferviente del cristiano.
Venid, venid, los que de Dios dudais,
y si por un instante
legarnos nuestras dudas anhelais,
formad á nuestra vista
con el solo poder de vuestro acento
el mas pequeño objeto que mirais,
y entre desden é indeferencia tanta,
vá hollando con desprecio vuestra planta,
mientras al Dios que le formó insultais.
Dad á esas aves que los aires hienden
la dulce voz con que el espacio llenan;
dadles las firmes y ligeras alas
que las sostiene en la extensión vacía;
dadle su luz al día,
dadle, dadle á los campos fruto y galas;
sujetad un momento
con vuestra torpe mano,
cuando os azota el rostro con su empuje
al huracán violento:
detened esa lluvia destrenzada
que el prado fertiliza,
ó dejad, cuando cruza el ancho espacio,
el rayo abrasador hecho ceniza.
Venid, venid ateos,
y si es tal vuestro inmenso poderío
que hasta los mas sagrados os atreveis,
yo os probaré lo poco que valeis
cuando con una flor, con un insecto
á imitar á mi Dios os desafío.
¡A imitar á mi Dios! ¡oh! de rodillas,

necios reptiles que insultais su nombre,
y del error funesto las semillas
sembrar quisisteis en lo mas sagrado
del corazon del hombre.
De rodillas, impios; y si acaso
de la España Católica por mengua
sonase vuestra voz en sus dominios,
empezad lo primero
purificando vuestra torpe lengua.
Venid, y si aun dudais, si por acaso
vuestra terrible ceguedad es tanta
que mi débil acento despreciais,
yo verteré mi llanto por vosotros
ante las aras de la Virgen Santa;
y ella en la noche oscura
de vuestro error funesto,
derramará benigna,
mares de luz con su mirada pura.
Yo nada soy, lo sé; mas no me aterra
el contemplarme un átomo perdido
en la faz de la tierra
que por orden de Dios habita el hombre;
y siguiendo el impulso que me inspira,
en alabanza de su santo nombre,
hoy le ofrece mi alma
los pobres ecos de mi pobre lira.

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

SECCION DOCTRINAL.

LA PUREZA.

—La pureza, hijos míos, es un destello de la mirada de la santa Virgen María; es un suspiro de su hermoso lábio, es un latido de su castísimo corazon. Yo quiero hablaros de ella, yo quiero contaros sus excelencias, para inclinaros á que la ameis siempre, y adorneis con sus flores inmaculadas vuestras frentes y vuestras almas.

Así decia la Marquesa de la Fé, sentada en un antiguo sillón, como una reina en su trono y rodeada de una corte, no de palaciegos aduladores, si no de aquella que debe cercar siempre á la mujer, mirandola como soberana y reinando en las voluntades y en los corazones de sus hijos, de su familia, de sus servidores.

Sus nietos la escuchaban con atento cariño, y sus criados y sus colonos, atraídos por la dulzura de su palabra y por su inalterable bondad, tambien estaban á su lado, acudiendo presurosos aquella tarde como todas, para escuchar los sencillos y cristianos consejos de la noble y virtuosa anciana.

—¿Con que vás á hablarnos de la pureza, abuelita?

preguntó Julieta, que con la inocencia de sus diez años, la viveza de su génio y su rostro de ángel, estaba autorizada para interrumpir á la Marquesa mas que ninguno de los que allí escuchaban. ¿con que vás á hablarnos de la pureza? yo creí....

—Qué? dijo la anciana viendo su indecision.

—Mira, mi buena mamá, yo se muy bien todes los mandamientos y toda la doctrina y en ninguno he leído, ni sé que diga «serás puro» por eso, como tu nos has ofrecido explicarnos el catecismo, pensé que te habias olvidado de tu promesa, y que....

—No, hija mia; pero hay un pecado, cuyo nombre solo mancha los lábios que lo pronuncian y el oído que lo escucha: pecado que repugna hasta á el mismo Luzbel, que puede vanagloriarse de no haberle cometido, apesar de que no hay culpa que no tenga su origen en él.

—Como! ¿qué dices, abuela? preguntó Adolfo, que como era mayor que su hermana Julieta, podía apreciar mejor las palabras de la anciana. ¿Qué dices? que Luzbel puede vanagloriarse de no estar manchado con esa clase de culpa.

—Si, eso he dicho, y eso es lo cierto.

—Explicamelo, porque á la verdad no comprendo cómo pueda ser, ni de que culpa estará exento aquel que las reúne en sí todas.

—El ángel rebelde, hijo mio, el que fué arrojado del cielo por su soberbia, y que es desde entonces enemigo de Dios, era un espíritu, puro en un principio, caído despues, pero espíritu solo siempre; y como el pecado de la impureza asienta su trono en nuestra materia, de aquí resulta Adolfo mio, que el hombre es mas miserable y mas corrompido y mas abyecto que el mismo Luzbel cuando quebranta el sexto de los mandamientos de la ley suprema de Dios. Ya ves, hijo mio, que tengo razon.

—Oh! tu siempre la tienes, abuelita, pero continua hablando, ya que te has propuesto enseñarnos.

—¡Es tan espinoso el asunto de que hoy se trata! ¡es tan delicada y tan fragil la flor de la pureza que brilla en el alma de un niño, que temo ajarla yo misma, ó robarle su perfume si la toco por un momento.

—Entonces, murmuró Julieta un tanto impaciente, entonces dinos otra cosa cualquiera.

—Es que no puedo tampoco dejar de explicaros sus excelencias. En fin para salir del apuro voy á contaros la historia de dos flores, que tambien las flores tienen historia, y tambien en ella se puede aprender.

—Ay! que bien! habla, habla que ya te escuchamos, dijeron los niños con afán.

—Oid, pues, y poned atencion á lo que os digo. Vivian en un hermoso valle dos flores hermanas, ostentando cada una perfumes y colores á cual mas bellos. Las dos bañaban su planta en el mismo arroyo, tomaban vida del mismo sol, y recibian los besos de las mismas auras.

Dios, que ama las flores, y que las halla hermosas, quiso ceñir con ellas la frente de las Vírgenes, y adornar las palmas de los Mártires, y mandó á algunos de sus ángeles para que recorriesen el vallo y trasportasen al cielo las que hallasen mejores y mas dignas de aquel favor.

—Sigue, abuelita, sigue, que quiero saber lo que hicieron los celestiales enviados.

—Los ángeles recorrieron el valle y detuvieron su vuelo ante las dos flores hermanas.

—Llevemos estas, murmuró uno de ellos, disponiéndose á tocarlas con su divina mano.

—Esperemos, dijo el otro, que Dios bendiga nuestra eleccion. Y ajitando las blancas alas, volvieron al cielo para llevar noticias de su mensaje,

Las flores temblaban de alegría y esperaban la vuelta de los espíritus eternos. Mas ¡ay! que una de ellas, movida por un sentimiento de orgullo, al verse objeto de tal favor, se creyó mas galana y mas preciada que sus hermanas y extendió su verde ramaje y se inclinó para contemplar su hermosura, reflejada por las aguas que corrían á su pié. Y tan embebecida estaba en la contemplación de sus encantos, y tanto se engrió con ellos, que no advirtió que el arroyo se habia tornado turbio y cenagoso, engrosando su curso entre los mantoales de la vida. Y la bella flor quiso verse de mas cerca aun, y abatió mas sus ramas, y se inclinó tanto, que el agua enlodada salpicó sus blancas hojas, dejando una mancha en ellas.

—Ah! es de veras? y que hizo entonces?

—Intentó en su afán quitar aquella gota de negro ceno, y volver á su caliz lo inmaculado de su color; pero ¡ay! que cuantos mas esfuerzos hacia, mas se destruían sus blancos pétalos, y mas se extendía la oscura sombra que los manchaba. Y al fin... al fin como una flor es tan frágil y delicada, sus hojas cayeron una á una en aquella lucha incesante; quedando tan solo el tronco y las ramas.

Cuando los ángeles bajaron de nuevo por aquellas, dos flores hermanas, encontraron tan solo á la una, pues el orgullo y la vanidad y el amor propio habian sido causa de que la otra manchase la pureza de sus galas, y ya no podia entrar en el cielo.

—Qué lástima! pero su compañera....?

—Su compañera era una hermosísima azucena que modesta y sencilla plegaba pudorosamente su cáliz para conservar siempre su casta blancura, y por eso Dios la hizo emblema de la pureza y la inocencia y la ofreció á la Virgen sagrada llamándola con amor imagen suya. Los ángeles la llevaron al cielo y allí crece y florece allí, sirviendo constantemente para formar las coronas que el Señor ciñe á las sienes de las vírgenes que se desposan en la tierra con Él. Por eso, hijos míos, las azucenas leantan rectamente su tronco de la tierra, y miran siempre al cielo, por que de allí reciben su esencia.

—Oh! desde hoy, preferiré entre todas las flores á la azucena, y llevaré muchas á los altares de la Virgen. puesto que deben agradarla mas, dijo Julieta; pero no nos has dicho el nombre de la otra, ay! ni que fué de ella, abuelita.

—La otra, hija mia, no volvió nunca á florecer, por que Dios no quiere que haya flores manchadas: pero sus ramas se inclinan siempre á la tierra, por que avergonzadas, no se atreven á mirar al cielo: sus hojas caídas, son lágrimas con que llora su perdida pureza: se llama el sauce, y crece siempre junto á los sepulcros, y es doquiera el emblema de la muerte, por que muerte del alma, es la pérdida de la inocencia.

—Oh! ahora que recuerdo, he visto á la puerta del los cementerios unos árboles grandes, á quien las gentes llamaban llorones, ¿son esos los sauces, abuelita?

—Sí, hija mia: ahora no tienen nunca flores, por la causa que te he dicho: pero antes producian unas muy hermosas y blancas y perfumadas.

—Y las perdió para siempre?

—Si, para siempre, la pureza una vez perdida jamás se vuelve á recobrar, y es tanto lo que Dios la estima que en el cielo solo entra el espíritu, el alma libre de la materia, porque no puede llegar hasta allí nada que ha estado espuesto á mancharse con la impureza. Ella vale mas que todos los tesoros, que todas las hermosuras, y es la mejor corona que Dios puso sobre la frente de su madre.

Maria, la gloria de los santos, la Emperatriz de los serafines, hubiera podido ser pura aun sin ser madre de Dios, ni reina del cielo, pero no hubiera podido ser reina del cielo ni madre de Dios, si no hubiera sido pura y limpia y sin mancha. Aprended á imitarla; hijos míos, teniendo presente que con una mirada con una palabra, con un pensamiento, se aja y se deshace para siempre esa azucena inmaculada que la mano de los ángeles sembró en el cielo y colocó al nacer en el alma del hombre.

(Continuará.)

Enriqueta Loxano de Vilches.

EL AMOR DE UNA MADRE.

Cuando con odio profundo el hombre á Jesús mataba, aún, Satanás, aun dudaba si se salvaria el mundo.

Mas cuando lleno de amor, nos dió por Madre á María, toda su esperanza huía, y en un raptó de dolor

Dijo, al infierno al volver lleno de envidia y pesar: ¡que hijo se ha de condenar con Madre de tal poder!

T. Rodriguez de la Torre.

GRANADA:—Imp. de La Madre de Familia.